

Memorias viajeras. Trayectos y desvíos en los viajes iniciales de Victoria

Ocampo y María Rosa Oliver

Julieta Núñez
Universidad Nacional del Sur

La recuperación de episodios del pasado entre los cuales se encuentran los recuerdos de viaje se inscriben, tal como indica Silvia Molloy, dentro de la tradición autobiográfica hispanoamericana en la cual el ejercicio de la memoria convoca a la conmemoración de un ritual “donde las reliquias individuales (...) se secularizan y se re-presentan como sucesos compartidos” (20). Así sucede con Victoria Ocampo y María Rosa Oliver, para quienes la experiencia del viaje se revela, desde muy temprano, como una forma de vida propia de la clase social a la que pertenecen ya que esos viajes familiares a Europa constituyeron, en la infancia de los herederos de la burguesía criolla, un destino ineludible. Desde esta experiencia compartida podemos afirmar que en los relatos de sus primeros viajes Ocampo y Oliver recurren a la memoria para evocar el ritual que las identifica con las prácticas sociales de sus respectivas familias. Sin embargo, las narraciones de estos recuerdos pueden pensarse más allá del carácter emblemático que poseen en tanto ceremonia social; en la medida en que adquieren un sello personal, una marca diferencial, la evocación se afirma como un experiencia “poco común” que no sólo establece divergencias en relación con la clase sino también entre ellas. En este sentido, podríamos decir que en el caso de Ocampo y Oliver se reconoce la misma relación entre lo “poco común” y “comunitas” que propone Adriana Astutti a propósito de Arturo Carrera, Manuel Puig y Silvina Ocampo entre otros, cuando

observa que estos escritores establecen con “la infancia un relación poco común, lo cual no implica que haya entre ellos, entre sus tonos, alguna comunidad” (2002: 155). En síntesis, estos relatos al ser narrados con sus propios estilos se abren hacia otros modos en donde la tradición heredada por las escritoras, como dice Astutti, “se sale de madre” (2002: 155).

Victoria Ocampo, y la construcción de la viajera que será

Como esos sueños que no conseguimos reconstruir, al despertar, sino por fragmentos, y de los que conservamos, por el contrario, la atmósfera de angustia o de felicidad, mis primeros recuerdos emergen en mi memoria consciente como un archipiélago caprichoso en un océano de olvido.

Victoria Ocampo

La verbalización del recuerdo, es decir la articulación de los sucesos almacenados en la memoria, como explica Molloy, es un punto que claramente ocupa para Victoria Ocampo un lugar privilegiado al momento de pensar en la forma que dará en *El archipiélago* al relato de su primer viaje. Por eso aclara que usará el “lenguaje simple, insulso y reducido de los niños”, a pesar de que “quien recuerda a la niña no es una niña” (64).

En la cita mencionada, como indica Cristina Iglesias, Ocampo anticipa en tercera persona el recuerdo que evocará además de explicitar que, mediante la mimesis del lenguaje infantil, dará forma al relato. Esta aclaración acerca del desdoblamiento de la voz interviene en el texto como un engranaje que une distintos espacios y temporalidades. En adelante, los recuerdos narrados serán abordados desde el punto de vista de la niña que viaja por primera vez. Y así como cambia el tiempo evocado, el ritmo de la narración también da cuenta de

esta transición, la viajera infantil relata fragmentos dispersos, pues su memoria se torna selectiva y lábil a la vez. Esta discontinuidad del relato nos recuerda aquello que señala Ricardo Foster a propósito de los textos sobre infancia de Walter Benjamin, en donde observa que los niños miran del mismo modo que caminan, es decir "... desacompadadamente, sin rumbo fijo, se desvían, se distraen, se tropiezan, ven cada cosa como si fuese única. Realizan cada movimiento como si fuera el que les abre la puerta de un nuevo mundo" (130).

Como si estuviese siguiendo el ritmo de su andar infantil, el recuerdo se construye a partir de imágenes aisladas que emergen en el texto del mismo modo que las islas que conforman un archipiélago. A través de una sintaxis apretada que alcanza la cadencia de una escansión, las breves escenas que dan lugar al relato comienzan con la despedida y la evocación de la angustia que le genera a la pequeña el llanto de la familia:

Vamos a irnos. Yo no quiero despedirme. Tengo miedo de las despedidas. Sobre todo no quiero despedirme de Vitola. Me llevan al portón de Viamonte, que se abre sobre el último patio, el del fondo. Carmen se asoma para besarme. Está sola. Tengo una gorra de terciopelo con cintas blancas, anchas, de raso, que pasan sobre mis orejas y se atan en el cuello. Estas cintas me impedirán oír... Tengo miedo de oír llorar (72).

Luego de la despedida el recuerdo se centra en el barco para dar lugar a la famosa escena en donde la pequeña Victoria simula leer un libro. Una imagen que, a pesar de haber sido muy trabajada para referir los modos de autfiguración de Ocampo, a nosotros nos interesa en tanto nos permite pensar la operación que realiza cuando, al enlazar el libro con el barco, anticipa la escritora viajera que algún día será: el libro, del mismo modo que el

transatlántico, aparece en esa reconstrucción del recuerdo como el vehículo a través del cual expandirá sus límites o, como señala Mariano Siskind (2016), construirá mundo.¹

De aquí en adelante el relato parece reconstruir el itinerario avanzando a los saltos. La memoria infantil selecciona recuerdos condicionados por una mirada distraída, oscilante, que provoca fragmentaciones y giros en relación a las descripciones que se esperan como parte del relato de un viaje. Ocampo recompone el registro de los lugares visitados a través de imágenes metonímicas que hacen que, por ejemplo, la llegada a París se traduzca en el recuerdo de unas cerezas enormes, que el paseo por el Pré Catelan se cifre en la búsqueda de renacuajos o que el interés por el Vesubio visto desde la habitación del hotel desaparezca al recordar la incomodidad que sentía cada vez que su madre la peinaba con bigudíes. De Niza recuerda las piedras que lastiman sus pies; de Ginebra, el nombre en francés de las lombrices.

No son los espacios geográficos los que se evocan, sino el mundo de posibilidades que se abre en cada recorrido. ¿Qué hacer –piensa la niña– si el soldado al que le tira confeti durante el carnaval se enoja? o ¿qué hacer con esa nueva lengua que le enseña Mademoiselle Guérin y aún no comprende? Como señala Foster, cada desvío en el modo de percibir “guarda la posibilidad de un mundo en estado de promesa” (133): un mundo que se abre en ese primer viaje que se inicia con el deseo de leer y que cierra con el regreso a casa, trayendo como recuerdo del viaje una postal de la Place de la Concorde y el aprendizaje de la lengua francesa.

En *El imperio insular*, Victoria Ocampo narra su segundo viaje a Europa. Allí el procedimiento del relato se desplaza de la construcción de la voz infantil hacia el testimonio

¹ Mariano Siskind, piensa el concepto de mundo como el espacio discursivo cosmopolita, en que la literatura latinoamericana “ha representado, invocado, cuestionado y habitado [...] un mundo definido en función de su radical exterioridad respecto de la particularidad cultural latinoamericana” (19).

que dejan las cartas que le escribe a su amiga Delfina Bunge y hacia algunas observaciones que anota en el preámbulo de éstas. En una de las cartas le dice a la amiga: “Creo que mi destino es estar eternamente ausente del presente. Descontenta cuando tengo a mi alcance el objeto de mi ambición. Mis miradas buscan enseguida otros horizontes” (224). En este caso la mirada de Ocampo ya no es la de una niña dispersa sino la de una joven que busca otros puntos de referencia desde los cuales ampliar, o al menos intentarlo, los recorridos tradicionales del viaje de consumo cultural familiar. Si en el viaje infantil se narra una percepción fragmentada del mundo, en el recorrido de la juventud la percepción se extiende para proyectar la imagen de la viajera cosmopolita que desea ser; de este modo el itinerario aparece signado no sólo por las alternancias en los recorridos que realiza sino también por aquellos desvíos de tipo ideológico que si bien no rompen con las tradiciones propias de la clase, buscan interpelarlas, cuestionarlas y también compensar la carencia causada por la “indigencia de la sociedad en que he nacido” (236).

La necesidad de modificar la hoja de ruta no implica una ruptura porque, como señala Beatriz Sarlo, Ocampo no se mueve de los lugares comunes y consolidados por la clase, sólo añade al trayecto su estilo personal. El desquite llegará, como dice María Celia Vázquez, en 1930 cuando su luna de miel la lleve nuevamente a Europa y su matrimonio (momentáneamente) la emancipe de la mirada familiar. De todos modos, en el viaje que le cuenta a Bunge, a los tradicionales paseos por el Louvre y a las comidas en el Ritz le agrega las clases tomadas en el College de France y en la Sorbonne. La sociabilidad con artistas y escritores franceses la ayudarán a reafirmar su vocación. Si bien este no es el viaje que le abrirá el mundo, tal como ella deseaba, la rememoración de los recorridos y de sus intentos de desvíos le permiten narrarse a sí misma en esa búsqueda, ya que como afirma Molloy (15),

el viaje es una parte integral de su persona. La que viaja y narra su viaje a la amiga es una joven que quiere ser escritora, la que recupera ese relato es la mujer que lo logró.

María Rosa Oliver hacia la búsqueda de otros destinos

Apartarse de los imperativos de clase y género y abrirse hacia otros lugares del mundo fueron los gestos que definieron y distinguieron a María Rosa Oliver de su grupo de pertenencia social y cultural. Al trazar un recorrido que se inicia con el viaje tradicional de su clase y se extiende hacia otros destinos excluidos, o impensados, como China o la Unión Soviética, Oliver convierte en trayecto los bordes, torciendo no solamente los recorridos consolidados sino también su propio trayecto de vida, pues como indica Michael De Certeau, transitar espacios prohibidos, habilita otros andares.²

De sus viajes iniciales nos interesa, más que reconstruir el itinerario, rastrear los sucesos recuperados por la memoria y pensarlos como indicios en los textos que presagian la decisión, no muy lejana de Oliver, de cambiar el rumbo.

El primer viaje a Europa, realizado a los diez años, forma parte de los recuerdos que evoca en *Mundo. Mi casa*. Este relato a pesar de recuperar el espíritu representativo del viaje como una práctica educativa y cultural de la clase, se construye sobre la base de una carencia ya que la niña que viaja acaba de quedar inválida y debe reacomodar su existencia dentro de los nuevos límites espaciales que la polio le impone a su cuerpo. La enfermedad no sólo la obliga a aprender a moverse de otra manera sino también a mirar el mundo desde una nueva perspectiva: la de la enfermedad.

² Cfr. Bertua, Paula (2013). "María Rosa Oliver: apuntes de viaje y crítica cultural". En *BOLETIN/17 del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, diciembre 2013.

Sí, iba percibiendo cosas que antes me hubieran pasado desapercibidas [...]. Veía nuevos matices, y no sólo con los ojos, aunque ahora los tenía más abiertos. No trataba de precisar, y no hubiera podido precisarlo, si era en mí o en cuanto me rodeaba donde algo tanto había cambiado (1970: 179).

La que recuerda y organiza el relato es, como indica Margarita Pierini, la mujer de sesenta años que le presta su voz a la niña. En algunas ocasiones el recuerdo se interrumpe para introducir aclaraciones, reflexiones o para tomar distancia del suceso y dar explicaciones. En otras, como también indica Pierini “el presente de la enunciación retrocede en el tiempo y la que habla es la niña” (125). La verbalización del recuerdo también construye la forma del relato. Si en el caso del viaje de *El archipiélago* decíamos que la narración avanza a los saltos, en *Mundo. Mi casa* lo hace de manera zigzagueante, a través de movimientos quebrados que enlazan como si fuese una costura, perspectivas de distintas temporalidades y distintos recorridos. De este modo el intercalado de perspectivas le permite recuperar los recuerdos e intervenirlos mientras se representa sí misma: al escribir sus memorias se piensa y se explica. Es por esto que la evocación de sucesos del viaje de la infancia –como por ejemplo el malestar que le genera la incorporación de una nodriza en reemplazo de una vaca, la indignación que le causan los prejuicios de su madre, la fascinación por las mujeres que se forman para el trabajo o el impacto que le ocasiona el reclamo de las sufragistas en Londres– pueden ser interpretados a la luz de su participación política y perspectiva de género del presente.

El ritmo zigzagueante de la narración, además de perspectivas diferentes, une distintos recorridos ya que al viaje tradicional de consumo cultural de los Oliver se le añade un itinerario que tiene como objetivo ir hacia el encuentro de un tratamiento para enfrentar

la enfermedad de la hija mayor. En este sentido, el emblemático traslado hacia Europa se modifica al convertirse también en una expedición terapéutica. El circuito turístico, educativo y cultural que comprende los paseos por Italia, Londres y París, se ve modificado por el mapa de la enfermedad que incorpora destinos como Alemania, Suiza o Estocolmo. Las visitas a teatros y museos se alternan con las consultas a médicos, fisiatras y el resultado final de esta secuencia será la confirmación de un futuro sentenciado a la inmovilidad, pronóstico que Oliver invierte y convierte en desafío. Si para su familia el mundo se cierra en la confirmación de los médicos alemanes acerca de lo irreversible de la parálisis, para María Rosa Oliver ese desvío en su vida, esa marca diferencial, no es otra cosa que la certeza de un universo que se abre dispuesto a ser explorado: “Al imaginar mi futuro no lo veía estático ni gris, y el que me llevarán en brazos o sillas de rueda, en vez de un obstáculo se me presentaba como un medio que me permitiría correr mundo sin necesidad de fatigosas caminatas” (1970: 239).

El recuerdo del segundo viaje a Europa, narrado en *La vida cotidiana*, se recupera a través del diario que la joven María Rosa escribe durante este trayecto y de las intervenciones que realiza en el presente, ya no tanto para explicar sino para testimoniar la transformación que sufre durante el recorrido. El capítulo “Europa otra vez” puede pensarse como una metáfora de la vida de Oliver, o al menos de su itinerario político e intelectual. Al igual que el primer viaje, este segundo será también un recorrido de descubrimientos e iluminación personal. Como si fuese la protagonista de una novela de aprendizaje, Oliver emprende un camino de iniciación que le permitirá no sólo descubrirse a sí misma sino también al mundo que la rodea. A pesar de reconocer las incomodidades que le generan los hábitos y prejuicios de su clase, Oliver comienza el viaje planteando la necesidad de adaptarse a su medio social del mismo modo que su cuerpo debió hacerlo a la parálisis:

En una dualidad perturbadora, por un lado yo admiraba lo que rompía normas, desmenuzaba prejuicios, forzaba a nuevos enfoques y, por el otro, trataba de comportarme y opinar en consonancia con mi ambiente social. [...] bastaba con mi invalidez física para diferenciarme de los demás. Era menester aplicarme en borrar otras diferencias [...] ajustándome, ante los otros y ante mí misma, a las convenciones (1970: 147).

Condicionada por la presión de “estar a tono con el ambiente” (1970: 136) llega a París dispuesta a repetir los circuitos de siempre. Donde los había dejado una década atrás se encontraban el Louvre, la torre Eiffel, La Comedia Francesa y las pastelerías parisinas frecuentadas por viajeros argentinos. Sin embargo, también estaban allí otros espacios y actores sociales desconocidos: la margen izquierda del Sena y su vida cultural, las vanguardias, que la sorprenden y a las que no llega a entender, o los estudiantes con quienes “hubiera podido conversar como deseaba hacerlo. En voz alta” (1970: 153).

Mientras se reencuentra con la ciudad, descubre que no es la misma que conoció a los diez años y que ya no le interesa aquello que alguna vez la deslumbró. Europa era otra, la experiencia de la guerra la había transformado y de algún modo, a ella también. La perspectiva desde la cual relata su recorrido, da cuenta acerca de los desajustes de esta transformación. La preocupación de Oliver ya no pasa por acomodarse a su comunidad, sino por encontrar un lugar de pertenencia. A diferencia de su grupo familiar que encuentra en el viaje a Europa un modo reafirmación social, presiente que tanto ella como su clase forman parte de un espacio, “no geográfico” que ha dejado de existir (1970: 153).

El momento de iluminación llega con el recuerdo de una tarde de paseo por los Champs Elysees y el grito de unos peatones que le revelan su condición de *métèque*, de

“viajera nueva rica”. Entonces comprende que se desplaza por Europa para saquear los restos que la guerra dejó:

Para nosotros Viena era una tienda en liquidación (...) ¡Tantas cosas podíamos adquirir los que teníamos gruesos fajos de esos grandes billetes que entre austríacos escaseaban! Tantas que de pronto me veía a mí misma y a los míos como invasores dedicados al saqueo (1970: 166).

La muchacha que al embarcar escribe en su diario acerca de la necesidad de amoldarse a las costumbres sociales intuye, hacia el final del recorrido, qué clase de viajera no desea ser: el mundo se ha transformado y ella quiere ser parte de ese cambio. La peregrinación por Europa, al mejor estilo novela de aprendizaje, deja al descubierto su incomodidad, como le sucede también a su amiga Victoria en el viaje de la juventud. A la directora de Sur, esta molestia la impulsó a ampliar los recorridos del circuito transitado; a María Rosa Oliver, a abrirse hacia otros destinos, pues como señala Michel de Certeau

[...] el orden espacial organiza una serie de posibilidades y prohibiciones que son actualizadas a través de los atajos, desviaciones o improvisaciones del andar [...] que privilegian, cambian o abandonan elementos espaciales y transforman en otra cosa cada significante espacial (110).

Al desafiar los prejuicios de clase las dos lograron esa transformación, cada una con su estilo.

Referencias bibliográficas

- Astutti, Adriana (2001). *Andares clancos. Fábulas del menor en Osvaldo Lamborghini, J.C. Onetti, Rubén Darío, J.L. Borges, Silvina Ocampo y Manuel Puig*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- (2002). "El retorno de la infancia en *Los misterios de Rosario y Cómo me hice monja*, de César Aira". *Iberoamericana* II, 8. 151-167.
- Bertúa, Paula (2013). "María Rosa Oliver: apuntes de viaje y crítica cultural". En *BOLETIN/17 del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, diciembre de 2013.
- Certeau de, Michel (1995). *La Invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana.
- Foster, Ricardo (2009). "Los tejidos de la experiencia". En Carlos Skliar, Jorge Larrosa, *Experiencia y alteridad en educación*. Santa Fe: Homo sapiens Editores. 121-142.
- Iglesias, Cristina (1996). *Islas de la memoria*. Buenos Aires: Cuenca del Plata.
- Molloy, Sylvia (1996). *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ocampo, Victoria (2005). *Autobiografía I. El archipiélago-El imperio Insular*. Buenos Aires: Ediciones Fundación Victoria Ocampo.
- Oliver, María Rosa (1969). *La vida cotidiana*. Buenos Aires: Sudamericana.
- (1970). *Mundo. Mi casa*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Pierini, Margarita (2004). "El viaje como iniciación en las memorias de María Rosa Oliver". En *Espacio, viajes y viajeros en la literatura latinoamericana*, México: Ed. Aldous/UAM-I.
- Sarlo, Beatriz (1998). *La máquina cultural. Maestras, traductores y vanguardistas*. Buenos Aires: Abril.
- Siskind, Mariano (2016). *Deseos Cosmopolitas. Modernidad global y literatura mundial en América Latina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Vázquez, María Celia (1999). "Testimonios de una viajera". En *BOLETÍN/7 del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario. 78-87.